LA INFLUENCIA francesa sobre la cultura de las Américas

Leslie F. Manigat

Discernir la influencia francesa en la formación del perfil cultural de las Américas no es ni simple, ni fácil. En efecto, frecuentemente la encontramos donde no lo esperamos y entonces es necesario saber descubrirla en una verdadera búsqueda de paternidad. A veces, por el contrario, ella no está donde lo esperamos y, en ese caso, es necesario evitar querer introducirla a toda costa, por las necesidades de la causa. Y sobre todo esa influencia raramente está en estado puro, como consecuencia de las vicisitudes geohistóricas y de la presencia y la irradiación de Francia en las Américas y, por ese hecho, el análisis debe llevar a descubrirla como un "sedimento". Por ejemplo, se ha visto justamente en la América Latina de las dos primeras décadas de nuestro siglo la reacción antipositivista, que tiene tendencia a atribuir a

la influencia de los siete renovadores españoles de las dos generaciones de 1898 y de 1914 (entre esos "hispanistas" Miguel de Unamuno, Rafael Altamira y José Ortega y Gasset) los esfuerzos por provocar y animar un renacimiento espiritual de la "raza" tanto en la península ibérica como más allá del Atlántico, debido, en buena parte también, a la irradiación del pensamiento del filósofo francés Henri Bergson y a la influencia del "simbolismo francés" (del que Rubén Darío será un adepto).

No hay en el Nuevo Mundo un verdadero equivalente francés de "hispanismo" o "hispanidad". La palabra "francité" no logró abrirse camino. El vocablo "latinidad" desborda por cubrir con su manto francité, italianidad, lusitanismo e hispanidad. Todos los ingredientes de la francité bien pudieron estar presentes, pero el resultado fue negativo.

Sin embargo, la influencia francesa es un componente esencial en la suma de las influencias que jugaron en la elaboración de la identidad cultural de "ultramar" y, a más de su propio aporte, esta influencia con frecuencia, en el juego intercultural, ha jugado unas veces de chispa, otras de cemento, o aquí de levadura y allá de catalizador del sincretismo, incluso, a veces, de "revelador" de particularismos e irredentismo en el proceso de la contraaculturación.

No cabría, pues, subestimar, menos aún menospreciar, en una presentación del perfil cultural de las Américas, la importancia de la influencia francesa que siendo segunda, no es, sin embargo, secundaria. Digámoslo netamente y de entrada: es uno de los rasgos constitutivos *marcantes* de la personalidad cultural del Nuevo Mundo.

Vamos a intentar poner de relieve, brevemente, esta influencia examinando sucesivamente: (1) el espacio de la influencia francesa, (2) las paradojas del juego de esta influencia, (3) las áreas de expresión privilegiadas de esta influencia, para considerar finalmente, (4) la degradación progresiva, si no irreversible, del "mito" de la influencia francesa sobre la cultura de las Américas.

I. El espacio de la "diferencia"

En un Nuevo Mundo masivamente repartido entre cuatro culturas dominantes (la amerindia, la africana, la anglosajona y la hispanoamericana), desde el punto de vista de la geografía y de la demografía, la influencia francesa parece cuantitativamente marginal. Cualitativamente no es cualquier cosa, pues no solamente es el espacio por excelencia, sino el espacio de la "diferencia", pero hay que tener en cuenta la variada implantación de esta influencia en el espacio americano. En efecto, en este espacio diferenciado en el cual la cultura conlleva el testimonio de la influencia francesa, hay que distinguir:

a) El espacio del anclaje cultural francés, el espacio de la influencia francesa residual o resurgente, y

b) El espacio de la impregnación cultural francesa.

A. El espacio del anclaje cultural francés

Se trata del espacio francófono americano o "Americano de expresión francesa", correspondiente a las antiguas posesiones coloniales de la Francia

Metropolitana. Es el espacio-receptáculo de la cultura francesa, a la vez conservadora de la "madre-patria" europea, y laboratorio de una cultura francófona de América. En un mundo anglófono e hispanófono, es el espacio de la "diferencia". La lengua, decía Miguel de Unamuno, es "la sangre del espíritu" y la forjadora de la "patria espiritual".

"Cervantes nos da títulos de propiedad más sólidos sobre la América que los que Colón dio a nuestros antepasados". Otro tanto puede decirse de la lengua francesa para los franceses. Por lo demás éstos jamás han escondido que ellos utilizan la francofonía como un medio de influencia en el mundo.

Este espacio del anclaje cultural francés comprende en primer término las *Antillas Francesas*, hoy departamentos de ultramar (DOM): Martinica, Guadalupe y sus dependencias, la Guayana Francesa. Son tierras de la más antigua pertenencia a Francia y de la más avanzada asimilación cultural y política. En principio y directamente, es Francia en América con sus instituciones, sus hombres y sus productos. El caso de St. Pierre y Miquelon, a lo largo de Terranova, es especial ya que está poblado de franceses de origen y se aproxima, aunque es DOM, al de Quebec. Incluso en las Antillas, pertenecientes a la "América Negra", una escolarización completa en francés, de preescolar a superior, en el marco de una política deliberada de aculturación, incontestablemente ha producido un resultado asimilacionista. "¡Dios, si ustedes son franceses!" no pudo impedirse el General de Gaule de gritar en su visita a los DOM. Dicho intrascendente, cierto, como se verá, con el desarrollo del sentimiento nacionalista en las Antillas, pero lejos de ser falso, en cuanto toca con lo esencial.

Oficialmente *Haití* pertenece a esta especie de anclaje cultural francés, por haber conservado, después de la independencia de Francia, la lengua francesa, ..."su botín de guerra". Francofonía, aquí como en otra parte y quizá más que en otra parte, por mucho tiempo ha significado francófilo, hasta el ideal de la identificación a nivel de élites. Hugo y Michelet habían consagrado a Haití como "la Francia negra" y para los haitianos cultos, su país era "una provincia cultural de Francia". Esta singularidad fue objeto de burla para el Secretario de Estado americano William Jennings Bryan quien se desternilló de risa después de una charla de información sobre la cultura haitiana: "Queridos míos, piensen eso. ¡Negros hablando francés!". Por el contrario fue objeto de orgullo incluso entre los nacionalistas haitianos quienes integraron el francés en su sistema de resistencia a la creciente hegemonía de los Estados Unidos. La francofonía ha acompañado el itinerario del nacionalismo haitiano. Así como el indigenismo clásico aunque él se desprende y permanece francófilo. El Ministro haitiano de Relaciones Exteriores decía en 1883 que: "sería solamente a falta de un 'matrimonio de amor' con Francia, que la Cancillería haitiana buscaría un matrimonio de razón con los Estados Unidos". Ciertamente, como se verá, las cosas evolucionaron al punto de poner la lengua francesa a la defensiva, frente a la extensión invasora del americano y el incremento eruptivo del creole, pero hasta una fecha reciente, buena parte de la élite haitiana continuaba, pese al redoblado progreso de la americanización y del indigenismo "creolitario" compartiendo la opinión del Canciller chileno Gabriel Valdés: "Francia es el más avanzado de los países latinos y cuando miramos hacia ella, miramos nuestro propio porvenir". Es la herencia ilusoria dejada por el "bovarismo colectivo" denunciado por Jean Price Mars en 1928, de creerse a sí mismo lo que no se es.

Quebec con su título de "cuna de la civilización francesa en América" se ha servido ampliamente de la lengua francesa para mantener su identidad en un contexto canadiense mayoritariamente anglófono. Por no ahogarse en una América del Norte anglosajona, el Canadá francófono se ha apoyado en los orígenes franceses de su cultura para ser si no una Francia en América, al menos una Francia a la americana. Sin exagerar la resonancia profunda de cierto grito: "¡Viva el Quebec libre!", el sentimiento de pertenencia a la francofonía ha nutrido, sobre el plan cultural, una conciencia independentista (o, en todo caso, particularista) entre "los primos de América", pero Francia sigue lejana física y psicológicamente, a los ojos de los habitantes de Quebec. A pesar de un sobresalto reciente de reencuentros culturales con Francia, marcado por un despertar de intercambios culturales (universidades, ediciones, canciones y medios de comunicación, arte y moda, etc.), y un marcado militantismo al interior de la francofonía internacional, los "primos de América" incluso en su búsqueda de independencia, están lejos de identificarse con los habitantes del hexágono con los cuales se reconoce tener afinidades privilegiadas, pero miran de cerca hacia los Estados Unidos vecinos y presentes en la vida económica y financiera y en la tecnología. Queda allí nada menos que "la bella provincia", parte integrante del espacio del anclaje cultural francés en América.

B. El espacio de la impregnación cultural francesa

Se trata del espacio latinoamericano donde, por tradición, las élites fueron educadas "a la francesa" y hablaban corrientemente el francés como una lengua de cultura que competía con el español, como lengua corriente. Es la América Latina "afrancesada" a nivel de sus élites, tradición que continúa viva todavía en el siglo XX. La receptividad de las élites, al sur del Río Grande, de la cultura francesa es de una tenaz longevidad, generadora de una percepción colectiva de Francia como polo de atracción. Es McGann quien, considerando a Argentina de 1889-1929 como "vasallo cultural de Francia" siendo que en ese momento estaba en la órbita económica y financiera de Inglaterra, habla de un verdadero "hechizo hipnótico" que la cultura francesa ejerce sobre las clases dirigentes del país. Pero esto, con las variaciones de intensidad según el país y según las coyunturas, puede decirse de todo el conjunto de los latinoamericanos. El jefe de la misión diplomática francesa en Rio de Janeiro, rememorando sus observaciones de la preguerra, pudo escribir en 1918: "Nuestra lengua es hablada por todas las gentes cultas y puede decirse, de casi todos los suramericanos que tienen dos patrias: la suya y Francia". Esto, ciertamente, quedó como algo de esa tradición oligárquica que impregnó el cuerpo social.

II. La paradoja del juego de la influencia francesa en América

La cultura francesa, como producto de exportación, fue traída a América en los orígenes por "vagabundos": piratas, bucaneros, pillos que aprovecharon la ocasión para implantar sus instalaciones de fortuna en el corazón de las "nuevas tierras". Pero el enriquecimiento de los "creoles" (colonos y comerciantes) y las necesidades de organización y de gestión de las colonias, favorecieron y atrajeron la calidad social, de tal suerte que en las vísperas de la revolución francesa se hablaba, por

ejemplo, de los "señores de Santo Domingo". Dirigiéndose a Luis XVI, uno de sus ministros le decía: "Señor, su corazón es 'creole' de nacimiento". Nobles y vagabundos simplemente, fueron los portadores de las influencias francesas, diferentes e incluso antagónicas. Ya la aculturación del antiguo régimen tenía efectos contradictorios. Hoy día uno puede optar por una cosa, y el otro por la contraria, pudiendo los dos reivindicar ser de Francia y de su influencia. De ahí la observación pertinente: de qué Francia reivindica esa infuencia, puesto que Francia es portadora de influencias y signos contrarios, especialmente en materia de ideas, de costumbres, de prácticas sociales y religiosas, de credos y componentes políticos, inclusive de arte y cultura, sin olvidar las actitudes y los modelos de comportamiento.

Además la influencia francesa pasa a veces por canales no franceses. Es así que han sido extranjeros los portadores de la influencia francesa en América, como ciertos españoles, alemanes e italianos. Es más: dichos y proverbios antillanos, considerados de origen francés (donde en efecto se encuentran) de hecho llegaron de Normandía, de Bretaña o del Berry. El concepto de latinidad, promovido igualmente en América "latina" por los españoles y los italianos a fines del siglo XIX y a comienzos del XX ha servido ante todo para valorizar la pertenencia a la cultura francesa. Hoy día el creole se reivindica como lengua con relación al francés en las Antillas francófonas (incluso a veces contra el francés, como en Haití), revistiendo el carácter de agente de la resistencia, de la supervivencia o de la insurgencia de cierta forma de francofonía en ciertas islas anglófonas del Caribe. Se ha visto cómo las élites hispanófonas o lusitanófonas de América Latina se han vuelto, con su educación francófona, francofilios de sentimiento, agentes conscientes de la impregnación cultural francesa en la vida colectiva de los países latinoamericanos.

Es sabido que en las posesiones americanas, la Francia metropolitana ha jugado la carta de la asimilación, después de la abolición de la esclavitud. La aculturación progresiva y metódica ha terminado por crear un "tipo-ideal" de "negro-latino", asimilado a francés, que parece hacerlo sentir menos mal y a su gusto en su alienación que el negro anglosajón de las comunidades vecinas, tanto más por el sincretismo cultural dosificado de "afrancesamiento" creciente, y que finalmente ha correspondido a un mestizaje biológico con un factor epidérmico dominante, cada vez más claro. Pero los franceses de CEPA, creoles de la vieja Francia –los "bekes" de Martinica, por ejemplo– sabían mantener la distancia social con los franceses nuevos, incluso mestizos en transferencia de raza, y son incluso aliados al punto de no poder ni querer identificarse con la nueva ola de metropolitanos de instalación reciente, no familiarizados con los tabúes y las vivencias de la antigua sociedad colonial. Tres Francias en vez de una: es preciso no confundir cuando se habla de la influencia francesa.

Casi podría decirse que la influencia francesa puede incluso, en ciertas circunstancias y con ciertos sujetos, restituir la contraaculturación más fácil, la cultura francesa sirviendo de "revelador" de particularismos cuya toma de conciencia engendra el proceso de contraaculturación. Es el caso de la negritud en sus variantes mayores, nacida entre los escritores negros de lengua francesa (el haitiano Jean Price Mars, los martiniqueses Aimé Césaire, Frantz Fanon y Edouard Glissant, y el guyanés León G. Damas) quienes han sabido encontrar en la cultura francesa poseída a un alto nivel, los instrumentos conceptuales y las armas intelectuales para provocar la crisis de la

conciencia caribeña por el reconocimiento y la valorización de las culturas negro-africanas en la constitución de la personalidad de base antillana. Pero podrá observarse también que Price Mars, "el abuelo de la negritud" ha presionado a la desalienación cultural por el abandono de "la secularización de la civilización occidental", y que Césaire ha dirigido una requisitoria severa contra el colonialismo, el primero en denunciar la "légende béte" de su anticolonialismo y el segundo campeón de la descolonización de Martinica por la asimilación completa de ésta a Francia vía la departamentalización. Un gran negro de cultura anglosajona como el doctor Eric Williams, homólogo universitario de los francófonos Price Mars y Césaire en la negritud, no dudará en formular su constatación, si no su convicción, de que "la manera de vivir en las Antillas y la escala de valores son europeos o americanos, a todos los niveles", lo que es la manera de no querer subestimar el aporte de la cultura africana al conjunto de componentes de la cultura caribeña, siendo esto "una adaptación consciente o inconsciente, de las herencias europeas y americanas a la propia personalidad, al entorno y a las necesidades del Caribe". ¿Ambigüedad o ambivalencia de la negritud como desvío que conduce a la reatadura privilegida e indefectible al Occidente después de haber portado en germen los riesgos de alejarse? En todo caso se notará que la negritud pese al aporte del senegalés Leopold Sédar Senghor, no ha preconizado un panafricanismo militante como en el mundo negro anglófono con el jamaiquino Marcus Garvey. En el fondo, la negritud clásica brota en un medio de asimilación francesa, en mucho debido a sus orígenes, principalmente al doctor Jean Price Mars quien, según la palabra de León G. Damas, "explotar los valores negros es trabajar por el acercamiento de las razas" y "la negritud debe ser lo que ella es, un momento de la conciencia universal". Incluso en la expresión de una intención contestataria de definición por distanciamiento, la cultura francesa contribuye a la creación de una "disposición de espíritu" portadora de francofilia. Es decir, sin embargo, en la tensión provocada por el dualismo espiritual asumido a partir de la negritud, tensión expresada por el poeta León Laleau en sus inolvidables versos "Siente tú este sufrimiento, esta desesperanza que no tiene igual, de amaestrar con palabras francesas, este corazón que me ha venido del Senegal?". ¿Habría cuando menos un menor "malestar" por así decir, *moins mal dans sa peau*?

¿La política francesa de asimilación habría tenido más éxito que las experiencias anglosajonas más segregacionistas? En un momento dado de la crisis de la conciencia caribeña, se hubiera podido tener esta impresión, sin que aún se hubieran forjado los instrumentos de medida adecuados y la expresión de "malestar" hubiera podido parecer menos distanciador, pero sólo Dios sondea los riñones y el corazón. El bienestar del antillano, así como su infortunio, dependen de la misma problemática general de identidad, bien sea que la cultura dominante sea francesa o inglesa (o española u holandesa), pero el diferencial de la vivencia consciente es variable sin duda.

III. Las áreas de expresión privilegiadas de la influencia francesa

El sistema educativo francés y el conocimiento de la lengua francesa contribuyen a formar una *"estructura mental"* portadora de una "visión del mundo" a la francesa, original en una América masivamente anglosajona e iberoamericana. Es aquí donde se expresa la "diferencia" de la "civi-

lización francesa'' en la cual un curso que lleva ese título, hace parte de una prestigiosa enseñanza dispensada en la Sorbona para los extranjeros.

La difusión de la influencia cultural francesa es asunto de Estado: solamente para la lengua existe un Comisario General de la Lengua Francesa en vía de ser reemplazado debido a su deficiente funcionamiento, por un Consejo Superior de la Lengua Francesa y una Delegación General de la Lengua Francesa, de tal manera que se asegure ''un mejor seguimiento del uso, la evolución y la expansión de la lengua, gracias, principalmente a una mejor coordinación con las instancias encargadas de la francofonía''. Precisamente, hay un Ministro delegado encargado de la francofonía y un Secretario de Estado encargado de las relaciones culturales internacionales, este último teniendo oficialmente por objetivo asegurar ''una viabilidad política a la más grande multinacional cultural del planeta'' (sic). Esta empresa realiza su acción por medio de las instalaciones culturales francesas en el extranjero, del género ''institutos culturales'', centros de investigación, Liceos Franceses y la red de Alianza Francesa. La extensión de la lengua es la promoción de la civilización francesa, es la extensión del espíritu francés, pues no se aprende necesariamente el francés para contentarse con hablarlo.

Es, ante todo, la adopción de una *escala de valores* determinante para el acercamiento de la realidad y la apreciación de ésta con miras a su ordenación. Por ejemplo, tradicionalmente se da más importancia a las ideas y a las ideologías. Francia representa la Declaración de los Derechos del Hombre y del Ciudadano, mientras que el americano se adelantó a inspirarlos. Es la Francia de la Revolución Francesa, es 1789. El problema no es saber si la Francia real justifica esta percepción, sino si la Francia ha estado facultada para tener la representación legítima de una idea. La hemos visto con los ''fuegos artificiales'' de la conmemoración del bicentenario (1989) que ha provocado un retorno a la pasión por 1789 en América Latina, donde el mito está todavía vivo. Esta amplia tendencia que busca privilegiar la idea y el aspecto ideológico en la apreciación de las cosas es ilustrada por una doble experiencia que yo comparé en forma divertida. En 1975 como director del Instituto de Relaciones Internacionales de la Universidad de las Indias Occidentales, yo acompañé a los estudiantes del Instituto a una visita a Martinica y Guadalupe. Después de haber constatado el nivel de vida de las Antillas Francesas, la red vial, la escolarización total, el sistema de seguridad social y de subsidio familiar, etc., un estudiante del grupo, originario de una de las islas anglófonas vecinas, comentó públicamente: ''Si esto es el colonialismo, lo quiero''. Más o menos por la misma época, un dirigente martiniqués bien ubicado en los negocios, creo que agrónomo de profesión, quien se había dedicado a la cacería en Haití, se hizo ofrecer la tradicional taza de café y el vaso de agua de coco, en la casa de una campesina. En el curso de una breve conversación en creole esta buena señora inmediatamente había observado la diferencia entre el creole de su huésped y el creole haitiano. El visitante habiendo confesado su identidad martiniquesa oyó decir a la pobre campesina haitiana ''¡Ah, usted es martiniqueño! ¡Ustedes no son independientes! ¡Qué lástima! ¿Qué puedo yo hacer por usted?'' Es éste el valor más grande dado a las ideas (y a las ideologías), todavía en 1991, que explica el resultado de una encuesta recientemente hecha en Francia, según la cual una mayoría de franceses piensa que un profesor de Universidad debería ganar más que el jefe de una empresa.

Sin tomar demasiado los clisés que de allí se desprenden, no es falso diferenciar la influencia

tradicional de la cultura francesa en América –en relación con la anglosajona, por ejemplo– observando que la primera es más una cultura del placer y la segunda una cultura de la eficacia, que la primera cultiva ante todo la belleza del decir y la segunda la utilidad del hacer, que la primera se apega más a la grandeza y la segunda al poder, que la dialéctica de la primera apunta a la victoria sobre el adversario por el fracaso de éste, mientras que la segunda privilegia la búsqueda de un compromiso ventajoso por la negociación con el adversario que de antemano ha puesto en evidencia su debilidad. La cultura francesa es también la tendencia a privilegiar una toma global de lo real o de un problema (su unidad orgánica), una visión sintética que domina el análisis estructural de los componentes significativos, con antecedentes escogidos por su valor ilustrativo, mientras que la cultura norteamericana parte a la búsqueda del contenido de lo real por una técnica consistente en hacer el repertorio de todos los antecedentes y clasificarlos en un inventario completo y ordenado.

Todo esto se encuentra allí donde predomine, geográfica y socialmente, la influencia francesa en América. Por supuesto, en el curso del período que va de 1900 a 1914, en toda América Latina, de México a la Argentina pasando por Haití y el Perú, el gran debate cultural del siglo naciente se desarrollaba alrededor de esos temas en una polémica que oponía los ''latinistas'' (europeófilos y ante todo partidarios del modelo francés) a los anglosajonistas (nuevos adeptos del modelo americano) en el momento en que los Estados Unidos comenzaban a emerger como un nuevo polo cultural. La influencia de Francia, es entonces, una vida cultural más expresiva reflejada en la vida cotidiana como creadora de necesidades que se satisfacen por las huellas culturales y artísticas, así como por el ''mimetismo de la copia acorde creolizada''. La influencia de Francia es la adopción del Código Civil de Napoleón, como lo es la formación del gusto por los libros franceses, puesto que es la patria de Molière, de Voltaire, de Michelet y de Hugo. Para los más cultos, es la Francia de Baudelaire, de Anatole France, de Proust, de Auguste Comte, de Henri Bergson, de Jean Jaures, de Jacques Maritain y de Sartre. Más recientemente, es la Francia de Claude Levy Strauss y de Edgard Morin, y para los ''del 68'' la de Foucault, de Althusser y de Poulantzas. Hay aquí una constante: se pide a Francia ''maestros del pensamiento'', ''profesores de escuela'', ''fuentes de inspiración'' de gran prestigio cultural. Desde 1829 la ''Revista de los dos Mundos'' es esperada regularmente en ultramar a la llegada de los barcos, y ahora de los aviones. Actualmente ella tiene competidores (los Tiempos Modernos, por ejemplo, después de la segunda guerra mundial, o la NRF antes de ésta) pero ninguna ha sido premiada por los 172 años de buenos y leales servicios a la causa del brillo de la literatura, del arte y de las ideas de Francia en el Nuevo Mundo. En cambio, ser publicada en París, incluso por cuenta del autor, ha sido su consagración.

La influencia de Francia es una concepción de la vida, un arte de vivir y un gusto de la vida. Es un ritmo diferente: el tiempo de vivir. En Francia un trabajador tiene derecho a cinco semanas de vacaciones pagadas (en Estados Unidos a dos). Un presidente adopta la palabra de un poeta: dar tiempo al tiempo. El vino se mejora envejeciendo. Es la valorización de la ancianidad, de lo adquirido, en relación con todo lo nuevo que todavía no ha mostrado sus bondades, que no ha conocido aún la prueba del tiempo. Es una civilización de la historia, y es un francés, Fernand Braudel, quien ha formado la teoría de la larga duración en la historia con relación al ''soplo rápido''. Ese francés que durante su vida fue

reconocido en las Américas (y consagrado en los Estados Unidos) como "el más grande historiador contemporáneo". Hay así en Nueva York un "Centro Fernand Braudel". Es también la propensión natural a gozar de la vida: la vida es bella, hay que vivirla bien, *c'est si bon*, "beber una copita es agradable, "la dulce Francia", Jean-Baptiste Durselle, mi antiguo profesor que ha llegado a ser un gran amigo, me dijo un día en términos inolvidables, que él no se veía viviendo en un país diferente a Francia. En la Introducción a la Historia de Francia de Braudel, hay páginas sobre la identidad de Francia, una en su diversidad, que son una declaración de amor. Vivir la noción de un país que es el suyo, la patria, he ahí uno de sus rasgos distintivos de la cultura francesa, un producto de exportación. La admiración por el modelo francés del cuadro de vida puede ir hasta imitar el urbanismo francés, la arquitectura urbana, ver reconstituir la ciudad francesa (sobre todo París, evidentemente, la "ciudad luz" en sentido propio y figurado, "la ciudad más bella del mundo") en América Latina, como con Guzmán Blanco en Caracas, y sobre todo como el caso de Buenos Aires al fin del siglo XIX, ilustra elocuentemente. Pero no sólo hay placeres del espíritu (la Comedie Francaise), del deleite de los esparcimientos ligeros (las "folies bergeres", "los boulevards") y de placeres nocturnos (café-concierto, Pigalle, etc.), hay placeres materiales de la vida cotidiana, entre ellos el placer de la mesa (cocina, vinos, quesos), los placeres del sexo y de la concupiscencia estética ("placer de amor"...) y los placeres de la amistad ("mi amigo", "los camaradas"). La transposición de este modelo en América ha sido ampliamente facilitado por la expansión de la cultura francesa y la influencia del conocimiento de la "civilización francesa". En fin –puede ser ante todo y por mucho el campo privilegiado de la expresión de la cultura francesa en las Américas, es el *lujo* para los privilegiados del Nuevo Continente: platería (Cristofle), porcelana (Limoges y Sevres), joyas (Cartier, Plaza Vendome), los perfumes, la alta costura. La moda francesa es sinónimo de un arte de vivir elegante, refinado, elitista, con el cachet aún aristocrático de una distinción en la cual se prevalece de una granada clientela.

Francia es también un modelo adaptable de organización política que ejerce una gran influencia en América. Hay ante todo una concepción de la cosa pública, del bien común como específico y distinto del bien particular, una concepción del bien público indisociable hasta ahora de la concepción del papel del Estado que lo tiene a su cargo. El modelo constitucional francés ha engendrado hijos aclimatándose a la vida pública latinoamericana. Mejor aún, el sistema francés de los partidos en su evolución ha llevado el ritmo de la vida política latinoamericana. Es así que el acontecimiento de la hegemonía del partido radical en Francia (de Gambetta a Eduardo Herriot), coincide con la hegemonía del partido radical argentino con Hipólito Irigoyen, la constitución del Frente Popular en Francia (partido radical, partido socialista y partido comunista) tiene su equivalente en la constitución contemporánea del Frente Popular chileno (partido radical, partido socialista y partido comunista): es verdad que eso correspondía a una palabra de orden internacional... En todo caso, las ideas políticas francesas han nutrido los actores de la vida política latinoamericana en un grado desigual a cualquier otra influencia externa (incluyendo la española, pese a tener esa lengua común). Un ejemplo palpable lo constituye el sorprendente destino político latinoamericano del positivismo de Augusto Comte, de México a la Argentina, pasando por el Brasil. Notemos la originalidad del régimen político actual querido por la Constitución de 1987 de Haití, que se

parece al régimen político francés de la V República: un régimen mixto (híbrido, se ha dicho), con una mezcla de presidencialismo y de parlamentarismo, en el que el presidente es el jefe de Estado con atribuciones ejecutivas reconocidas, y el primer ministro, jefe de gobierno, responsable ante las Cámaras en las que debe tener una mayoría, puesto que una moción de censura lo puede derrocar. Además, Francia tiene estructuras políticas y administrativas sólidas para hacer frente a pruebas difíciles (como la "cohabitación" de 1986 a 1988), la gran diferencia es que en Francia se ha reaccionado contra el exceso de parlamentarismo para fortalecer el poder ejecutivo, yendo hacia el presidencialismo, sin desembocar en eso, situándose la solución a las tres cuartas partes del camino (en Francia se ha salido, pues, del parlamentarismo, para ir hacia el presidencialismo), mientras que en Haití, se ha reaccionado contra los excesos de presidencialismo para debilitar y limitar el poder ejecutivo, confiando prerrogativas importantes al parlamento (especialmente al Senado), sin desembocar en el parlamentarismo (en Haití se ha salido, pues, del presidencialismo, para ir hacia el parlamentarismo).

Pero hay que decir –y esto es de más en más verdad– que Francia al modernizarse se ha reconciliado con la verdadera tradición del siglo XVIII: "la filosofía de las luces" y técnicas. Hay una influencia tecnológica de Francia en América Latina y hay una transferencia de tecnología que opera a partir del hexágono, hacia los países del sur de Río Grande y hacia Quebec. Ciertamente, Francia está en esto menos bien ubicada en este campo que en el de la cultura. Pero hay éxitos puntuales de la Francia contemporánea en su influencia sobre las Américas: el Metro francés (México y Caracas, por ejemplo), la aeronáutica francesa (Mirage y Airbus), el armamento francés (tanques y fusiles Exocet), la espacial y las telecomunicaciones (naves Ariane, satélites, fibras ópticas, etc.) y el TGV (le train a grande vitesse)... (tren a gran velocidad). ¿La influencia de Francia sobre las Américas estará en vía de renovarse y de darse los medios de la modernidad?

IV. La degradación progresiva, si no irreversible, de la influencia francesa en América

Como la nostalgia de Simone Signoret, la cultura literaria no es más lo que ella fue. En otra época acompañaba lo cotidiano en la expresión de los diversos sentimientos de la vida corriente y entonces, no había como la literatura francesa en tanto que proveedora de citas inmortales. Los salones y jardines latinoamericanos y antillanos recogían en las conversaciones entre "gente cultivada", réplicas bien utilizadas de Corneille o de Racine, extractos apropiados de las fábulas de La Fontaine, y el romanticismo amoroso en la Casa Grande de las haciendas, o en plena naturaleza bajo el cielo americano, se emocionaba con Chateaubriand, hacía vibrar todas las fibras de su alma con Hugo, se expresaba, con el "corazón de bufanda" con los versos de Lamartine y de Musset, de Baudelaire y de Verlaine. Hasta a los maridos engañados, los misógenos que no podían exhalar su desengaño, su desprecio y su cólera, recurriendo a Vigny "¡Y más o menos la mujer es siempre Dalila!". La literatura francesa de hoy ha cambiado y se presta menos a esta memorización que permitía brillar por las bellas citas ritmadas. Ella se lee, se analiza, pero se aprende menos de memoria: el género ha pasado de moda y se ve como pedante o decadente, en todo caso ya no suscita el recibo admirado de antaño que era su razón de ser. La cultura literaria francesa ha recibido un golpe en su divulgación exterior tradicional.

Además la educación francesa concedía un elevado culto al sentido crítico, en virtud de la exigencia cartesiana de la credibilidad racional. Quienes tenían el hábito de recibir sin reflexionar, de tener por verdaderas las afirmaciones provenientes del argumento de la autoridad, reprochaban ese espíritu crítico de degenerar el espíritu crítico, tanto es verdad que, desde el diente de oro de Voltaire, los herederos espirituales de Descartes no admitían nada sin examen crítico en profundidad. El espíritu crítico estaba, a ese punto, identificado con el espíritu francés que incluso F. Rippy no pudo impedirse de ironizar sobre la influencia francesa en América Latina, escribiendo que los franceses se dedicaban a la crítica y a ninguna otra cosa, porque ellos no tenían los medios de hacer otra cosa. Desgraciadamente para la cultura francesa, como para toda cultura de calidad, el reino de la televisión no invita a reflexionar como la lectura incita a hacerlo permitiendo que ésta sea un entretenimiento sobre un texto para una mente reposada. La exigencia crítica ha desertado del gran público invitado a tomar partido según una impresión de conjunto o un elemento de simpatía por un presentador. Porque el periodista siempre aventaja al historiador. Así pues, a un periodista le basta tener una fuente para acreditar una noticia, mientras que el historiador debe criticar sus fuentes antes de dar crédito a lo que sea. El retroceso general del espíritu crítico reduce una de las "diferencias cualitativas" en ventaja del espíritu francés que le gustaba "elaborar". Ya no hay el tiempo, y de menos en menos el gusto. Se trata de informar lo más rápido, es por ello que los Americanos han pasado a ser los maestros en el desarrollo de las técnicas apropiadas, especialmente en los reportajes cortos y en las entrevistas relámpago televisadas que uno sigue sentado al frente de su pequeña pantalla. Estamos lejos de Montaigne quien decía: "Mis pensamientos duermen cuando yo me siento con ellos".

Además, del Abad Gregoire al General De Gaulle se forjó una percepción de Francia como un "norte" diferente –"¡Francia, no es igual!"– en sus relaciones con el sur, un norte más razonable y más comprensivo puesto que es más humanista (¡la cultura francesa!), particularmente en comparación con el norte de tipo Estados Unidos. La resonancia de los discursos de Phnom Penn (De Gaulle) y de Cancún (Mitterrand) se explican, en una amplia medida, por la confirmación que allí se había dado a esta orientación, creadora de una expectativa "tercermundista" que quizá se había subestimado en París. ¿Cuántos latinoamericanos no han creído en una nueva era en las relaciones Norte-Sur inaugurada por el famoso *slogan* "Mano en la mano" lanzada por el fundador de la V República con ocasión de su visita a América Latina en 1965? Del gaullista Edgar Pisani al socialista Claude Cheysson, el acercamiento de los problemas del desarrollo y de la cooperación Norte-Sur se alejaron de la visión washingtoniana (excepción hecha en el paréntesis de la Alianza para el progreso, terminada brutalmente en Dallas) y tomaba incluso a veces un cariz antiamericano como con el golpe de audacia de la declaración franco-mexicana sobre El Salvador, hecha en 1981, que rápidamente se volvió un golpe de espada en el agua. Una cura de realismo al Quai D'Orsay ha hecho guardar en los entrepaños de los armarios históricos la "megalomanía francesa". La herencia del gaullismo había sido relegada al honor. A riesgo de perder ciertas ilusiones, a ciertos tercermundistas latinoamericanos muy "ideológicos", Francia es de menos en menos diferente pues no tiene los medios de realizar una política que tiene ya bastante que hacer por defender y promover el interés nacional al seno de una Europa sin liderazgo, y un Occidente (incluido el Japón) al cual le son prohibidas las

tres primeras filas. Francia debe contentarse con ser la levadura humanista de la masa de la Comunidad Económica Europea o del G-7. Es mejor que nada, de todas maneras no es del todo mal en la medida en que se trate de una política continua y sostenida, como se ha tenido la evidencia en la concepción y la conclusión de los acuerdos de Lomé, y en la aproximación al problema de la deuda de los países del Tercer Mundo, una y otra iniciativas a propósito de las cuales se les atribuye ampliamente una influencia determinante. Así la realidad cuotidiana de una política gubernamental realista jugó en el mismo sentido que la ausencia de "maestros del pensamiento" en la "intelligentsia" durante el decenio de los años 1980: Francia pierde un poco de su "magia". Tanto más cuando el humanismo universalista de la cultura francesa con su mensaje igualitarista y asimilador ha sido puesto a dura prueba por la afluencia de inmigrantes del Tercer Mundo en la Francia Metropolitana. La creación en París y en muchas otras ciudades francesas, de condiciones "americanas" de coexistencia cuotidiana con grandes minorías étnicas (magrebinos, sobre todo, también neoafricanos y asiáticos) ha favorecido el incremento de un racismo de cuyo virus creían exenta su "civilización" muchos franceses. El espectro de una Francia multirracista es rechazado por importantes sectores de la población, tanto de derecha como de izquierda. Problema complejo, ciertamente, pero el resultado es que Francia ha perdido su "diferencia" como era la permanente imagen que se tenía de la cultura francesa, y a esto es sensible una cierta América Latina.

En un mundo en que la base de la conquista de los espíritus se hace por computador, la televisión, los satélites de comunicación, el apoyo logístico de la publicidad y la ley del mercado, Francia se queda atrás. Además, después del famoso informe de la Escuela Politécnica (el célebre "X") a propósito del Instituto Tecnológico de Massachusetts y el complejo técnico de Cambridge, en la región de Boston, Francia ha tomado conciencia de su retardo en la enseñanza de la tecnología y su reputación al respecto ha sufrido en América Latina ávida de formar sus dirigentes en los países europeos. Una encuesta realizada por cuenta de la Asociación Europa-Educación sobre la formación superior en los países europeos en materia de ciencia y de gestión, ante los responsables económicos de esos países, ha dado los siguientes elocuentes resultados: Alemania Federal recoge el más alto índice de puntos y goza, a sus ojos, de un cuasi-monopolio en las ciencias de la ingeniería y de la química. Viene también a la cabeza en la biología y en segunda posición en cuanto a finanzas y comercio. La Gran Bretaña domina muy ampliamente las finanzas y las ciencias económicas. Está igualmente a la cabeza en cuanto a la gestión, el comercio y el mercadeo. Francia está citada en primer lugar en cuanto al Derecho y ocupa el primer puesto *ex aequo* con la Gran Bretaña en la gestión. Está en segunda posición en las ciencias económicas, el mercadeo, la biología y las ciencias de la ingeniería. Tal es el resultado, según las opiniones de empleados, de expertos y de observadores, es decir, el reflejo de las reputaciones a los ojos de los "eurodecidores". Es así que en el capítulo de las influencias encabezadas por la reputación de excelencia, dos países dominan la Comunidad Europea en la formación superior en estudios de ciencia y gestión: Alemania Federal en cuanto a las ciencias y las técnicas, la Gran Bretaña, en cuanto a la economía y la gestión, Francia viene en tercera posición. No es por lo tanto sorprendente que la juventud latinoamericana y caribeña tome directamente el camino de Harvard, de Princeton, de Yale, de Columbia, de MIT y de Caltec, más que el de Francia. Incluso entre los jóvenes diploma-

Ilustradores botánicos de Leonhart Fuchs. Historia de las especies. (Basel, Suiza, 1542). Biblioteca Dibner, Smithsonian Institution.

dos, los primeros empleados son aquellos que han estado, como complemento de sus estudios, en un curso de especialización en Estados Unidos, si no es que ha realizado un viaje de familiarización con el mundo japonés de los negocios.

Por supuesto, la francofonía en tanto que valor rector de la influencia francesa, está a la defensiva, si no declinando. El inglés es la lengua internacional, lengua de la diplomacia, lengua de la tecnología, lengua de los intercambios internacionales y, por encima de todo, lengua de referencia científica: en 1989, la revista del célebre Instituto Pasteur había causado un "choque" decidiendo publicar a partir de entonces sus artículos en francés y en inglés a fin de lograr una mayor audiencia científica. Inclusive en el campo reservado a la francofonía, un indigenismo haitiano más radical contesta la hegemonía lingüística del francés, con miras a promover y a valorizar la dignidad del creole como una lengua nacional, mientras que de su lado un martiniqués de habla creole más agresivo quiere liberar la cultura antillana "de la falsa universalidad, del monolingüismo y de la pureza" de la francofonía, pues el creole "es la base de la cultura antillana y debe regir los fundamentos del antillanismo", quien habiendo "probado todas las habladurías" debe reivindicar su carácter de cultura "híbrida". En cuanto a Quebec, en cuanto al desarrollo de los intercambios con Francia, da una dimensión nueva a la francofonía con el mercado de Quebec por los productos culturales franceses, y el mercado francés por las empresas culturales de Quebec (cine, canción, casas editoriales, coo-

peración interuniversitaria, ''uniéndose en aventuras'' económicas y financieras, etc.), pero un Quebec políticamente autónomo, o soberano asociado, incluso totalmente independiente puede, a pesar del prestigio cultural superior de Francia, jugar de más en más en el seno de la francofonía, un papel de polo dinámico y moderno cuya influencia en la América francófona pudiera superar la del hexágono... Pero no estamos aún allá. Este conjunto de reflexiones, sin embargo, al menos sugiere que hay que reivindicar a Francia, pues está que se muere, la Francia misma, la vieja Francia, quiero decir la Francia eterna, aquella que a la evocación de su nombre en el extranjero, tiene el mérito de poder poner en el mismo nivel: Francois Villon y Apollinaire, Rabelais y Hugo, Ronsard y Paul Eluard, Montaigne y Andre Breton, Bossuet y Malraux, Buffon y Teilhard de Chardin, Chopin (anexado francés) y Gounod, Fragonard y Matisse, Diderot y Claudel, Watteau y Cezanne, Flaubert y Camus, Delacroix y Chagall (anexado francés), Massenet y Lalo, Ravel y Boulez, Renoir y Picaso (anexado francés), Zola y Anatole France, Pascal y Pasteur, Poincare y Joliot Curie, Balzac y Andre Gide, Berlioz y Debussy, Rodin y Giacometti (anexado francés), Sarah Bernard y Michele Morgan, Raimu y Jean Gabin, Charles Dullin y Jean-Louis Barrault, Louis Jouvet y Gerard Depardieu, Josephine Baker (anexada francesa) y Edith Piaf, Charles Trenet e Ives Montad, Coco Chanel y Christian Dior, Pierre Mendes France y De Gaulle –para no citar otros–, la Francia de ''Le Monde'' y el ''Canard Enchaine'', la Francia de las Universidades y aquella de los cupletistas, la Francia de ''Maxims'' y aquella de las fiestas de acordeón, etc... Sí, esa Francia se muere en lo que ella representaba y logra difícilmente sobrevivirle, al punto de considerar como decadentes a aquellos que tienen nostalgia de ella. Si la América Latina está aún por descubir en Francia, según la expresión de dos especialistas que la conocen bien (Regis Debray y Alain Touraine), Francia está por reinventar en América Latina en donde se estaba habituado a ver en la cultura francesa ''el modelo de cultura universal''. ¿Esta Francia hubiera sido simplemente una mejor ''propagandista'' para hacerse amar tanto en el extranjero? La Francia nueva, quedando como un producto de la geohistoria, deberá decidir si como en todas partes o casi y en qué medida (se piensa en Japón y es el Oriente), la modernización necesaria y ya en curso deberá ponerse a la hora americana –llegar a la hora Greenwich de la cultura universal– dejando perder su alma, sin garantizar su influencia de ganar el universo.